

## CAPITULO X.

Este general parte y llega á los puestos avanzados en el dia 5 de octubre : se suspende inmediatamente la guerra y se concede la conferencia, pero Volkonsky edecan de Alejandro, y Beningsen, concurrieron á ella sin Kutusof; Wilson asegura que concibiendo los generales y oficiales rusos sospechas contra su gefe, y acusándole de fragilidad, habian propagado el rumor de traicion, y que Kutusof no se atrevió á salir de su acampamento.

Las instrucciones de Lauriston, contenian que no debia dirigirse mas que á Kutusof. Desechó aquel pues toda comunicacion intermedia, y aprovechándose de aquella ocasion, para romper una negociacion que no era de su aprobacion, se retiró á pesar de las instancias de

Volkonsky, y quiso volver á partir para Moscou. Entonces, irritado sin duda Napoleon, hubiera caido precipitadamente sobre Kutusof, desordenado y destruido su egército enteramente incompleto todavía y arrancádole la paz : á lo ménos hubiera podido retirarse sin desastre hácia sus refuerzos, en el caso de un triunfo menos decisivo.

Por desgracia se apresuró Beningsen á solicitar de Murat una conferencia; Lauriston esperó : el gefe del estado mayor ruso mas hábil para negociar que para pelear, se esforzó á hechizar á este rey bisono por medio de respetuosos estilos; á seducirle con elogios; á engañarle con palabras dulces, que no manifestaban mas que el cansancio de la guerra y la esperanza de la paz; y Murat finalmente cansado de las batallas, inquieto del resultado de ellas, y echando menos, dicen, su trono, desde que no esperaba ya otro mejor, se deja hechizar, seducir y engañar.

Beningsen habia persuadido á su gefe y juntamente al de nuestra vanguardia , y se apresuró á enviar á buscar á Lauriston , y mandar conducirle al campo de los Rusos en donde Kutusof le esperaba á media noche. La conferencia comenzó mal : Konownitzin y Volkonsky, querian estar presentes en ella : esto desagradó al general frances el cual exigió que se retirasen ámbos ; fue acordada su solicitud.

Luego que Lauriston se quedó solo con Kutusof, le expuso el fin y sus motivos, y le pidió paso libre para Petersburgo ; el general ruso le respondió que aquella solicitud era superior á sus facultades ; pero al punto propuso encargar á Volkonsky la carta de Napoleon á Alejandro , y ofreció un armisticio hasta el regreso de este edecan , á cuyas palabras agregó diversas protestas pacíficas , que todos sus generales repitieron despues.

Al oirlos todos ellos se condolian de aquella no interrumpida série de batallas,

¿ y con qué motivo ? Sus pueblos , igualmente que sus emperadores , debian estimarse , quererse y ser aliados uno de otro ; formaban ardientes deseos para que llegase una pronta paz de Petersburgo , nunca se aceleraria Volkonsky lo suficiente , y andaban diligentes al lado de Lauriston , llamándole á parte , tomándole las manos , y usando profusamente con él de aquellos cariñosos modales que tienen de la Asia.

Lo que se probó bien pronto , es que ellos se habian entendido mas particularmente para engañar á Murat y á su emperador , y lo consiguieron. Estas particularidades enagenaron de júbilo á Napoleon , crédulo por esperanza y por desesperacion quizás , se envanece por algunos instantes con estas exterioridades , y apresurado para libertarse del interior pensamiento que le oprime , parece que quiere hacerse sordo abandonándose á un regocijo expansivo : manda llamar á todos su generales , y triunfa al participarles una

paz sumamente próxima «; Bastarán quince dias de expectacion! ;Solo él ha conocido á los Rusos! A la recepcion de su carta, habrá luminarias en Petersburgo.»

Le desagradó sin embargo el armisticio propuesto por Kutusof; mandó á Murat que le rompiera inmediatamente; pero no por ello dejó de observarse, sin que se sepa el motivo de esto.

Este armisticio era bien singular; para romperle bastaba el prevenirse mutuamente con tres horas de anticipacion; no existia mas que para el frente de ambos campos, sin abrazar los flancos; así le interpretáron los Rusos á lo menos; no era posible conducir un convoy ni forragear sin pelear: de modo que la guerra proseguia en todas partes, menos en las que podia sernos favorable.

Durante los primeros dias que se le siguieron, tuvo Murat la complacencia de presentarse en los puestos avanzados enemigos: gozaba allí de las miradas que su gallarda persona, su fama de valeroso,

y suprema clase le acareaban. Los gefes rusos se guardaron bien de desagradarle, y le dieron colmados testimonios de todas las deferencias capaces de alimentar su ilusion. Murat podia mandar á las centinelas enemigas como á las nuestras, y si le acomodaba algun terreno que ocupaban los Rusos, se aceleraban estos á cedérsele.

Varios caudillos Cosacos llegaron hasta el extremo de fingir el entusiasmo, y decir que ellos no reconocian ya por emperador mas que al que dominaba sobre Moscou. Creyó Murat por un momento que los Cosacos no pelearian ya contra él, aun llegó mas adelante. Oyeron que al leer sus cartas Napoleon exclamaba: «¡Murat, rey de los Cosacos! ; qué desatino!» Todas las ideas imaginables ocurrían á unos hombres á quienes todo les habia salido bien.

En cuanto al emperador, que difícilmente se le engañaba, no tuvo sino unos escasos momentos de una facticia ale-

gría. No tardó mucho en quejarse de que « una guerra irritante de partidarios andaba rondando al rededor suyo ; y que en medio de aquellas pacíficas demostraciones , conocia que diversas bandas de Cosacos cercaban sus flancos y espaldas. ¿ No acababa una turba de estos bárbaros de encontrar , asaltar , y derrotar á ciento y cincuenta dragones de la antigua guardia imperial ? Y esto acaecia dos dias despues del armisticio , en el camino de Mojaisk , sobre la línea de operacion , por la cual el egército se comunicaba con sus almacenes , refuerzos y depósitos , y él con la Europa. »

Efectivamente , en aquel mismo camino acababan de caer tambien dos convoyes considerables en poder del enemigo , el uno , por la negligencia de su gefe , que se quitó la vida de desesperacion ; y el otro , por la cobardía de un oficial , al cual iban á castigar cuando dió principio la retirada. La ruina del egército salvó á este oficial.

Era preciso todas las mañanas que nuestros soldados , con especialidad los de caballería , fuesen á buscar bien lejos el alimento de la tarde y del siguiente dia. Y como se desguarnecian de mas á mas los contornos de Moscou y Winkowo , nos desviábamos diariamente mas y mas. Volvian extenuados los hombres y animales , aquellos sin embargo que volvian , porque cada medida de centeno , y cada haz de forrage se nos disputaban. Habia precision de arrancárselos al enemigo ; eran sorpresas , refriegas , y continuas pérdidas : se mezclaban en ellas los aldeanos : castigaron á uno de los suyos , al que el incentivo del lucro habia atraido con vituallas á nuestros acampamentos : otros ponian fuego á sus propias aldeas , para arrojar de ellas á nuestros forrageadores , y entregarlos á los Cosacos , que ellos habian llamado en el principio , y nos tenian sitiados allí.

Tambien varios aldeanos se apoderaron de Vereia , ciudad cercana de Moscou.

Un cura suyo concibió, dicen, el plan de esta repentina embestida; armó á varios habitantes, obtuvo algunas tropas de Kutusof y despues el 1<sup>o</sup> de octubre antes del amanecer hizo por una parte la señal de un ataque falso, mientras que él mismo por la otra se arrojaba sobre nuestras empalizadas; destruyólas, entró en la ciudad, y mandó pasar á cuchillo toda la guarnicion.

Así la guerra estaba en todas partes, en nuestro frente, en nuestros flancos y espaldas, el egército se debilitaba, y el enemigo se hacia mas poderoso cada dia. Iba á suceder con esta como con otras infinitas que se hacen por mayor y se pierden por menor.

Murat mismo se inquieta últimamente: ha visto desaparecerse en aquellas diarias refriegas la mitad de su restante caballería. Los oficiales rusos de los puestos avanzados, en sus encuentros con los nuestros, sea vanidad, cansancio ó franqueza militar, llevada hasta la indiscre-

cion, han ponderado las desdichas que nos amenazan. Nos enseñaban aquellos caballos de un aspecto todavía salvage, apenas domados, y cuyas largas crienes barrian el polvo de la campiña. ¿No nos decia esto que les llegaba de todas partes una caballería numerosa, mientras que se perdía la nuestra? El continuo ruido de descargas de armas de fuego, en lo interior de la línea suya, nos daba claras muestras de que una infinidad de reclutas estaba egercitándose allí con el favor del armisticio. »

Y realmente, á pesar de las largas travesías que los reclutas tuvieron que hacer, todos se incorporaron, no hubo necesidad como en los demas años, de esperar para llamarlos que embarazando las grandes nevadas todos los caminos menos la calzada principal, hiciesen imposible su desersion; ninguno faltaba al llamamiento nacional, se alistaba la Russia entera; habian llorado de gozo las madres, al saber que sus hijos eran milicianos; volaban á participarles

esta gloriosa nueva, y los traian por sí mismas, para verlos marcados con la señal de los cruzados, y oirles gritar : *¡Dios lo quiere!*

Añadieron aquellos Rusos « que se asombraban mas particularmente de nuestra tranquilidad á las cercanías de su poderoso invierno ; el cual era su natural aliado, y el mas terrible ; esperábanle por momentos, nos tenian lástima, apurándonos para que huyésemos. De aquí á quince dias, exclamaban, se os caerán las uñas, y se escaparán las armas de vuestras manos arrecidas y medio muertas. »

Fueron tambien notables los dichos de algunos gefes cosacos ; preguntaban estos á los nuestros : « Si no tenian en su tierra bastante trigo, aire, sepulturas, y finalmente, bastante sitio para vivir y morir ; ¿ porque iban pues á sacrificar así sus vidas tan lejos de sus hogares, y á abonar con su sangre un suelo extrangero ? » Añadian « que era un hurto hecho á su pais ; que vivo uno, se debia á su cultivo, defensa,

y ornato ; que muerto, le debia su cuerpo recibido de él, alimentado por el mismo y debiéndole alimentar sucesivamente. »

El emperador no ignoraba estos avisos, pero los desechara á causa de que no queria dejarse inmutar. La inquietud que de nuevo le tenia poseido, se daba á conocer con sus órdenes iracundas. Mandó despojar entonces las iglesias del Kremlin, de cuanto podia servir de trofeo al ejército grande. Condenados aquellos objetos por los mismos Rusos á la destruccion, pertenecian, decia él, á los vencedores por el duplicado derecho adquirido con la victoria y mas especialmente con el incendio.

Hubo necesidad de largos esfuerzos para arrancar de la torre del Gran Ivan su descomunal cruz. El emperador queria adornar con ella en Paris la media naranja de los Inválidos. El pueblo ruso vinculaba la salud de su imperio en la posesion de este monumento. Durante las obras se notó que infinitos cuervos

rodeaban esta cruz de continuo, y que cansado de sus tristes graznidos Napoleón, habia exclamado: «Que parecia que aquellas bandadas de siniestras aves querian defenderla.» Se ignora cuales eran todos sus pensamientos en aquella tan crítica posicion; pero se le tenia por accesible á todos los presentimientos.

Sus diarias salidas, á que daba luz siempre un sol resplandeciente en el que él se esforzaba á ver y mostrar su estrella, no le distraian. Al triste silencio de Moscou muerta, se agregaba el de los desiertos que la circundan, y el mas horrendo todavía de Alejandro. El ligero ruido de las miradas de nuestros soldados, errantes sobre aquel vasto sepulcro, no era capaz de sacar á nuestro emperador de sus imaginaciones, ni de arrancarle de sus crueles memorias y prevision todavía mas cruel.

Sus noches especialmente son fatigosas; pasa una parte de ellas con el conde Daru. Unicamente allí confiesa el

peligro de su posicion. «¿Qué sumision, qué punto de apoyo, de reposo ó retirada, desde Vilna á Moscou, denota el poder suyo? Es un vasto campo de batalla raso y desierto, en el cual minorado su ejército, permanece imperceptible, solitario y como extraviado en el horror de aquel vacío inmenso. No ha conquistado ni siquiera á un solo hombre en aquel país de extrañas costumbres y religion, ni es realmente dueño mas que del suelo que sus plantas huellan en el instante mismo. El que acaba de dejar tras sí, no es ya mas suyo que el que no ha pisado todavía. Insuficiente para aquellas vastas soledades, se ve como extraviado en su espacio inmenso.»

Recorre entonces las diferentes resoluciones que le quedan por tomar. «Se discurre, dice, que no hay mas que marchar, sin pensar en que su ejército necesita de un mes para rehacerse, y sus hospitales de otro para evacuarse; que si abandona á sus heridos se verá

que los Cosacos triunfan diariamente de sus enfermos y rezagados. ¡Parecerá que va huyendo, lo cual se resonará en toda la Europa! en ella, que le tiene envidia; que le busca un rival para unirse con él, y que creeria haberle hallado en Alejandro.»

Apreciando entonces toda la fuerza que saca del prestigio de su infalibilidad, se estremece de causarle detrimento por la primera vez. «¡Qué espantosa serie de peligrosas guerras darán principio con su primer paso retrogado! ¡No se censure ya pues su inaccion! ¡Ah! ya se yo, añade, que Moscou no vale nada militarmente. ¡Pero Moscou no es una posicion militar, sino una política; me creen general en ella, cuando soy emperador!» Exclama despues, «que en la política no conviene nunca volverse atrás, ni corregir lo hecho; que es preciso guardarse bien de confesar un error, lo cual desacredita; y que cuando se ha incurrido en un error, es preciso per-

severar en él, lo que sirve de razon. Por esto se obstina en aquella tenacidad, su primera prenda en otras partes, y su primer defecto aquí.

Su apuro sin embargo toma incremento; sabe que no debe contar ya con el egército prusiano. Un aviso de mano segurísima dirigido á Berthier, le hace perder su confianza en el apoyo del egército austriaco. Se le burla Kutusof, conócelo Napoleon, pero se halla empeñado tan adelante que ya no puede avanzar, permanecer, retroceder, ni combatir con honor y buen acierto: así impelido y retenido alternativamente por cuanto resuelve ó disuade, se queda sobre aquellas cenizas esperando apenas, y deseando siempre.

Su carta remitida por medio de Lauriston, habia debido partir el dia 6 de octubre; la respuesta no podia casi llegar antes del 20; y á pesar de tantas exterioridades terribles, la arrogancia de Napoleon, su política y quizás su salud,



le aconsejan el partido mas peligroso de todos, el de esperar aquella respuesta, y fiarse en el tiempo que le mata. Daru, al modo de los demas oficiales suyos, se pasma de no hallar en él aquella decision viva, voluble y rápida como las circunstancias : dicen que su ingenio no sabe ya acomodarse á ellas, y lo atribuyen á su genial perseverancia, que fue causa de su elevacion, y acarreará su ruina.

Pero en aquella situacion marcial, tan crítica por su complicacion con la mas delicada situacion política que se conoció jamas, no debia esperarse de un genio tan grande hasta allí por su inalterable perseverancia, una pronta renuncia al obgeto que se habia propuesto desde Vitepsk.

---

## CAPITULO XI.

---

Efectivamente, Napoleon contempla toda su situacion : todo le parece perdido, si retrocede á la vista de la Europa pasmada, y todo salvado si logra todavía vencer á Alejandro en determinacion. Aprecia demasiado los arbitrios que le quedan para inmutar la constancia de su rival : sabe que el número de los combatientes, que la posicion, que el tiempo y que todo finalmente le será cada dia mas y mas adverso; pero cuenta con aquel ilusorio predominio que su fama le proporciona. Hasta aquel dia, semejante predominio ha tomado de él una fuerza real é indefectible; se esfuerza pues, con especiosos discursos á sostener la confianza de sus